CAPÍTULO XVII. *De algunos muertos cuyas almas volvieron a los cuerpos o fueron arrebatados en espíritu para su enmienda y salud*

EN TLAXCALLA, UN VIERNES DE LÁZARO, año de 1537 falleció un mancebo indio, natural de la ciudad de Cholulla, por nombre Benito, el cual, estando sano y bueno, se fue a confesar a la iglesia de Tlaxcalla y, desde a dos días, cayó enfermo en casa de otro indio, vecino, algo lejos de el monasterio; y estando ya muy al cabo y mortal, dos días antes que muriese, él mismo, por su pie, volvió al monasterio. Y viéndolo de aquella suerte el padre fray Toribio que lo conocía muy bien, porque se había criado en la iglesia, quedó espantado, porque en su figura más parecía de el otro mundo que de éste; y preguntóle, ¿a qué venía? Él dijo, que a reconciliarse, porque se quería morir. Y después de confesado descansó un poco y dijo, que había sido llevado su espíritu a ver las penas de el infierno, adonde de el grande espanto había padecido mucho tormento y grandísimo miedo. Y cuando esto decía, de la memoria de lo que contaba, temblaba y estaba como atónito, y dijo, que en aquel lugar espantoso levantó su ánima a llamar a Dios y pedirle misericordia, y que luego fue llamado a un lugar de mucho placer y deleite; y le había dicho el ángel que lo llevaba: Benito, Dios quiere haber misericordia de ti, ve y confiesa tus pecados y aparéjate que aquí has de venir por la clemencia de Dios. Dice el padre fray Toribio que lo que más le espantó y puso admiración, fue verlo venir tan flaco y mortal y poder andar el camino que anduvo; por donde no puso duda en la visión que vio, y mayormente porque murió cuando él lo había dicho.

Semejante caso que éste aconteció a otro mancebo, natural de una aldea de Tlaxcalla, que llaman Santa Ana, cerca de la dicha ciudad, el cual se decía Juan, y tenía cargo de saber de los niños que nacían en aquel pueblo, para el domingo recogerlos y llevarlos a bautizar; y también llevaba los mozuelos a la iglesia para aprender la doctrina. Éste, como enfermase gravemente de la enfermedad de que murió, fue su espíritu arrebatado y llevado por unos negros, por un camino muy triste y penoso, a un lugar obscuro y de grandísimos tormentos, y queriéndolo lanzar en él los que lo llevaban, el mancebo, a grandes voces, llamaba y decía, como alegando de su derecho: Señora mía Santa María, ¿por qué me echan aquí? ¿Yo no recogía los niños y los llevaba a bautizar? ¿No juntaba los muchachos y los llevaba a la casa de Dios? ¿Pues en esto no servía yo a Dios y a vos Señora? Santa María, valedme y libradme de estas penas y tormentos, que de mis pecados yo me enmendaré. Santa María, escapadme y defendedme de estos negros. Librado y sacado de aquel peligro y confortado con el favor que la reina de misericordia le envió, tornó al cuerpo su espíritu (que según dijo su madre todo aquel tiempo lo tuvo por muerto) y cuando volvió en sí dijo

éstas y otras muchas cosas de grande admiración y espanto, y proponía grande enmienda en su vida y luego procuró la confesión; y en aquel buen estado y propósito firme de bien vivir murió de la misma enfermedad.

En Ahuacatlan, pueblo de la provincia de Xalisco, solía estar un buen indio llamado Pedro, y servía de intérprete a los frailes en las cosas de la doctrina. Este indio fue tenido por muerto, y él afirmó que realmente murió, y estando amortajado para llevarlo a enterrar, y su mujer e hijos llorando por él, llegaron dos frailes franciscos, ya difuntos, de la dicha provincia, el uno de los cuales era fray Alonso de Zebreros con otro su compañero y dijo: A éste dejémoslo acá porque es intérprete de los frailes y les ha de ayudar, y también tiene hijos pequeños y mujer; y dicho esto desaparecieron y resucitó luego, sano de la enfermedad que tenía. Este indio ha sido muy buen cristiano y devoto.

En la provincia de Tlaxcalla, en una aldea de Topoyanco, que se dice Santa Águeda, había un buen indio muy devoto el cual, todas las veces que iban los frailes a visitar aquella estancia, los salía a recibir con mucha alegría y en especial a fray Rodrigo de Bienvenida, muy siervo de Dios, siendo allí guardián. Y una vez salió a recibirle al camino, como solía, aunque muy flaco. Y preguntóle el guardián, ¿cómo estaba de aquella manera? El indio le contó que había estado muy enfermo, en tanto grado, que estuvo dos otres días como muerto y por tal lo tuvieron los de su casa. Y en este tiempo, dice, que fue llevado a juicio donde vio los demonios que querían llevar su ánima, y los ángeles la defendieron hasta que a la postre vino Santiago, en quien este indio tenía particular devoción, y hizo huir los demonios, y el indio volvió luego en sí y quedó sano, aunque flaco.

Una india, casada, vino a quejarse a un religioso de su marido, que por andar amancebado con otra la trataba mal. Sabido esto por el marido, aporreóla y hirióla de tal manera que temiendo morir se hizo llevar al monasterio para confesarse, y por ser ya tarde y estar cansado el religioso de aquel monasterio y, pareciéndole que no estaba tan enferma como decía, dijo que otro día por la mañana la confesaría. Vuelta a su casa le aparecieron aquella noche nuestro señor Jesucristo y su bendita madre, la cual rogaba a su hijo por aquella india; y dijo nuestro Señor que era menester que viniese Pedro, y vino San Pedro, y tocando con las manos a la india (que según parece era devota de el santo) la sanó, y dijo que al cabo de tantos días moriría. A la mañana siguiente fue la india ante el fraile ya sana y contóle lo que pasaba, y vino a morir al tiempo que dijo. Este religioso era fray Juan de Ayora, varón apostólico, de grande ejemplo, que siendo actualmente provincial de la provincia de Mechoacán y Xalisco (que entonces era toda una provincia) renunció el provincialato y pasó con los frailes descalzos a las Islas Filipinas, con espíritu de comenzar a la vejez a trabajar de nuevo en la viña de el Señor, y allá murió. Digo, que sería él a quien aconteció este caso, porque fue el que lo contó, sin dar otro autor ninguno.

Otra india, mujer de un principal, en el pueblo de Culiacán, reino de la Nueva Galicia, vino a morir de enfermedad; y estuvo casi un día muerta y amortajada, y cuando la quisieron poner en las andas para llevarla a

enterrar, se meneó y descosiéndole la mortaja, con admiración de los presentes, dijo cómo había parecido en juicio ante nuestro señor Jesucristo, al cual había visto muy indignado contra toda aquella provincia, y que la mandó volver al cuerpo para que les dijese que oyesen la palabra de Dios que les predicaban los religiosos y guardasen lo que les decían. Y que ella, por la gracia y misericordia de el Señor, era salva y había de morir en breve; y así fue, que murió a cabo de dos días. A esta india confesó fray Gaspar Rodríguez, de quien arriba se hizo mención, y dice que era buena cristiana, simple y sin vicio.

En Xochimilco trajeron a la iglesia un indio enfermo para que lo confesasen. Salió a confesarlo un religioso que se llamaba fray Diego de Sande; y viéndolo tan al cabo (que ya casi no podía hablar) riñó a los que lo traían, porque no lo habían traído con tiempo. Mas el enfermo le dijo: Padre, no te enojes, óyeme lo que te quiero decir: has de saber que yo no me quería confesar y así no me dejaba traer de mis parientes, que me importunaban viniese a confesarme; mas esta noche, cuando tañían a maitines, yo no podía dormir de dolor de mi enfermedad y estaba solo, porque mi mujer dormía en otro aposento junto adonde yo estaba; y vi que del cielo venía gran resplandor que entró en mi aposento y vi a nuestro señor Jesucristo crucificado, de la manera que está en la iglesia, que me dijo airadamente: Pecador, ¿en qué piensas? ¿Por qué no te vas a confesar con mi sacerdote? Pues sábete que has de morir mañana y según tus pecados habías de ser condenado, mas por sola mi misericordia te quiero perdonar, con que luego te confieses de todos ellos. Y por esto, padre, vengo a confesarme. Confesólo el fraile y luego aquella tarde murió el indio.

CAPÍTULO XVIII. *De algunos difuntos que por divina voluntad han aparecido a personas particulares para ser socorridos*

ASISTIENDO EL PADRE FRAY GERÓNIMO DE MENDIETA, en el convento de Santiago Tlatelulco, por los años de 1580 (pocos más o menos) vino a él un indio vecino de este pueblo, llamado Pedro, muy afligido, cuya mujer e hijos eran muertos, y entre ellos una hija que tenía doncella, cuya ánima le dijo que le seguía de día y de noche, así en su casa como en la iglesia y a do quiera que iba; no porque él viese cosa alguna, mas de que oía su propria voz que se quejaba, como persona que estaba en mucha fatiga, y a veces hablaba con el niño Jesús pidiéndole también favor, y a veces con el mismo padre; y otras veces nombraba a algunos de sus deudos cercanos que eran vivos, pidiéndoles asimismo que le ayudasen, aprovechándose del lenguaje de Job: Habed misericordia de mí, a lo menos los que sois mis amigos. Y sospechando que fuese ilusión del demonio le preguntó este religioso ¿si estaba confesando y si sabía la doctrina cristiana, y si creía firmemente lo que cree la santa madre iglesia? Respondióle que